

## Capítulo IV.

**E**l rostro de Bernark, monarca de Dassellnhom, se transformó al oír la noticia por boca del chambelán: el capitán de su ejército había llegado al castillo. El poco interés que le suscitaba la audiencia con unos comerciantes ricos de la costa se volatizó en ese mismo instante. Decidió que se retiraran sin más dilación con un gesto de su mano. Cualquier excusa era buena para dejar de escuchar sus quejas estúpidas.

Ordenó que le llevaran a sus habitaciones privadas agua para refrescarse y una levita más acorde con la ocasión. Había cuestiones que se debían hablar en un lugar más reservado de las miradas y oídos ociosos de la corte.

Sin embargo, no todas las noticias que le comunicaron eran de su agrado. Esto acentuó su mal humor. Aguardó con impaciencia hasta que su lugarteniente se presentara ante él y le explicara lo sucedido. Así que cuando lo oyó entrar en la estancia, sin dejar de mirar por la ventana, le interrogó sin miramientos ni formulismos cortesés:

- Realmente estoy muy decepcionado Lexort, capitán de mis ejércitos... enfermos y moribundos no sirven a mi causa – su tono de voz rezumaba cólera. Al darse la vuelta clavó la mirada en los ojos de su súbdito en busca de algún indicio de nerviosismo o titubeo-

- Los mercenarios no están acostumbrados a tratar con esta raza, mi señor – respondió con frialdad y rapidez mientras se arrodillaba - Fue por ello por lo que le pedí a vuestra majestad que me encargara personalmente esa misión.

- Y sabes que era imposible... ¡levántate! – lo observó atentamente mientras se ponía en pie – cuéntame lo que ha pasado para que el futuro sacerdote de la corte haya llegado en esa lamentable condición, y que la elfa esté casi cadáver cuando se supone que es inmortal – y antes de recibir contestación añadió - Sí delegué en ti la elección de los guardias, es por que confié que conocieras a tus hombres y eligieras a los más apropiados. Así que no quiero oír disculpas estúpidas ¿has entendido? – él asintió -.

- El sacerdote es anciano y las condiciones climáticas no hicieron su viaje fácil. Según el otro sacerdote lo que necesita es descanso. En cuanto a la elfa, se negó a tomar alimentos desde el principio. Cuando yo me uní a la caravana estaba agonizando- Bernark enarcó una ceja con claro escepticismo- El sacerdote joven consiguió mantenerla con vida milagrosamente. Y parece que tiene expectativas de mejorar.

- Es bueno entonces...

- Eso parece.

- ¿Crees que podría sospechar algo? No me gustaría perder el factor sorpresa...

- Estoy seguro de que no tiene ni la más remota idea.

- Por tu bien espero que sea así. Cuando despierte mi futura consorte que me avisen inmediatamente –dijo Bernark – mandaré a los herboristas para que la examinen. Debe estar en perfectas condiciones para la ceremonia...- algo en su mirada tornó más frío y oscuro- ¿y los soldados que estaban a cargo de ella?

- Les están aplicando el correctivo en estos momentos – el monarca asintió complacido-.

- Excelente, no me agradan los que no saben cumplir mis órdenes – dijo sin intención de ocultar la amenaza que llevaba implícita sus palabras, antes de pasar a otro tema - En otro orden de cosas, espero que esté solucionada la misión que te fue encomendada con mayor acierto – su subordinado se mantenía inmutable. Parecía carecer de emociones. Otra persona estaría suplicando clemencia-.

- La he buscado y no he encontrado nada. Nadie sabe nada...

- ¿Y te presentas ante mí con las manos vacías? O eres un inepto o no aprecias en demasía tu vida, Lexort...

- Le traigo un valioso presente de algunos de tus súbditos más fieles- se adelantó hasta ponerse a su altura. Sacó de su zurrón un objeto esférico envuelto en terciopelo púrpura. Lo descubrió ante los ojos atónitos de Bernark – desearon que se te entregara con toda su alma...

- Y me complace, ¡vaya si me complace! – dijo con una sonrisa burlesca – algo de suerte al fin.

Sus manos temblaron levemente al sostener el Shagma. La observaba con avidez, mientras se relamía los labios ensimismado. El capitán lo analizó detenidamente. La luz tenue de la piedra iluminaba tímidamente el rostro del rey. La miraba sin pestañear. Casi con incredulidad.

- Puedes retirarte Lexort – levantó de nuevo la vista. Se había acordado de algo importante – ordénale al escribano redactar las invitaciones de la ceremonia. Que las mande a todos los nobles del país sin exceptuar ninguno. No hay tiempo que perder – dijo más para sí.

Mientras no tomara esposa no estaría plenamente consolidado en el trono, y eso no lo podía permitir. Por ello, era más que necesaria una pronta recuperación de su futura consorte.

Los sacerdotes entraron en la sala del trono. El anciano sabio Pott se apoyaba en su cayado, pero a pesar de su delicada salud, se mostraba solemne. Eithem admiró las monumentales columnas que franqueaban toda la estancia. Quedó impresionado con la majestuosidad y lo imponente del conjunto: los mármoles, los tapices, los frescos de enormes proporciones que ocupaban las paredes con la ascendencia familiar del nuevo monarca... Le hacía sentir pusilánime.

Al fondo, el colosal trono. Bernark estaba sentado en él con ambos brazos acomodados a los lados. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca para poder distinguir su figura se dieron cuenta de que era un hombre fuerte y vigoroso. Poseía además todos los rasgos distintivos de su familia: pelo negro salpicado por las canas, ojos grandes y claros, nariz grande y recta, mandíbula cuadrada... Su rostro tenía una expresión severa y arrogante.

A su derecha se encontraba el capitán de los ejércitos del rey, frío y en posición de descanso con los brazos cruzados. Eithem sentía cómo los escrutaba

con la mirada directamente y sin disimulos de ningún estilo. Parecía querer descubrirlo todo de ellos y que ningún fallo o inseguridad pasaría desapercibida ante la penetrante mirada de Lexort el cruel.

- Bien hallados Sabios de Ashed... bienvenidos a mi humilde morada. Espero que hayan encontrado todo a su gusto y que su estancia en mi castillo les sea grata – dijo el rey de acuerdo con el protocolo.

Los dos sacerdotes se acercaron y subieron los amplios peldaños que conducían al trono. Pott se adelantó, como indicaba la etiqueta, e hizo ante el monarca una inclinación de cabeza mostrando respeto al poder terrenal y luego le tendió la mano.

Bernark se incorporó de su asiento para devolverle el saludo y acto seguido le besó el anillo sagrado de la orden de la diosa de la luz; aunque sin perder su posición de superioridad. Simbolizaba el respeto hacia el poder supra terrenal de los sabios y su ministerio.

- Nos sentimos honrados con vuestra hospitalidad, majestad – dijo Pott después del besamanos.

El anciano miró de reojo a Eithem para estar seguro de que respetaba la etiqueta. Era un momento muy delicado y había que extremar las precauciones. Para su satisfacción el joven había mostrado su respeto con una reverencia mucho más profunda dada su procedencia y rango.

- Esperamos desempeñar nuestros cargos con sabiduría y servirle de apoyo y consejo en su arduo oficio de gobernante... - continuó diciendo el sabio anciano. La expresión del rostro de Bernark se endureció sutilmente al oír a Pott, pero no pudieron percibirlo por que, en ese momento, estaba mirando al suelo mientras se sentaba de nuevo.

- Claro, por supuesto... - Eithem advirtió que Lexort dejó de observarlo por un instante y dirigió su atención a su superior – tengo la certeza de que nuestra relación será provechosa para todos... pero siéntense por favor – hizo un gesto a los sirvientes, quienes trajeron con rapidez unos cómodos sillones, una mesa de baja talla, una bandeja con comida y una botella de licor –.

Los sacerdotes tomaron asiento. Eithem quiso ayudar a su superior, pues aún no había recuperado las fuerzas, pero este la rechazó y le ordenó en voz baja apartarse.

Bernark sonrió disimuladamente ante el orgullo del anciano, que a todas luces no se encontraba en el mejor de sus momentos, pero aún así se mostraba digno y cabal. También observó al joven detenidamente. Parecía tímido, pensó, pues evitaba el contacto visual directo, sin embargo, se notaba que era una persona de carácter. *“Una curiosa combinación”*. Los sirvientes llenaron las copas:

- Brindemos juntos por el inicio de una nueva etapa y una próspera relación... - dijo Bernark. Ambos levantaron sus copas y asintieron.

- Que así sea – contestó el anciano sacerdote antes de beberse de un trago su bebida como era la costumbre. Simbolizaba la confianza plena en su nuevo aliado.

Al vaciar el contenido de la copa tan rápidamente le provocó un acceso de tos bastante violento. Eithem intentó asistirlo pero su superior, nuevamente, se lo impidió con un gesto nervioso de su mano.

- ¿Se encuentra bien Sabio?- el tono de voz del monarca denotaba preocupación, pero su actitud era bastante indiferente, según la visión de Eithem. Ni siquiera Lexort había hecho algún ademán de ir en su ayuda, a pesar de que parecía haberse atragantado. Se sentía bastante frustrado al no poder atender al anciano, mientras su rostro se tornaba encarnado por la falta de aire. Después de un rato comenzó a remitir la expectoración y el color carmesí de su semblante.

- Espero que se encuentre mejor de salud sabio Pott. He tenido noticias de que había caído enfermo.

- Gracias majestad. Los cuidados de mi discípulo Eithem han sido de gran ayuda... - dijo mientras sacaba un pañuelo de debajo de su túnica para pasárselo por la boca y la frente sudorosa.

- Si necesitáis algo no dudéis en acudir a mis herbalistas. Aquí poseemos un herbolario muy bien surtido. Aunque dudo que mis especialistas superen al joven Eithem en talento. Me es sabido que sus manos se pueden llegar a considerar milagrosas – el sabio Pott asintió complacido sin entender el verdadero sentido de tal cumplido. Pero no pasó desapercibido a su subordinado que evitó mirar al monarca, en todo momento, posando sus ojos en las baldosas del suelo.

-“¿Qué pretendía Bernark al hacer alusión a la prisionera?” – pensó Eithem contrariado.

- Además sería para mí un placer que oficiéis la ceremonia de mis esponsales y deis la bendición de la diosa a mi enlace.

- Sería un honor. Le doy mis felicitaciones ¿Y quién es la escogida? Si me permite preguntarlo.

- Una joven de una modesta familia noble del sur, llamada Lithaell – el rey observó a Eithem con disimulo en busca de cualquier síntoma de comprensión - Es mi deseo que a raíz de esta unión se estrechen los lazos entre el norte y el sur y así eliminar la discordia entre ambos territorios.

- Una decisión muy acertada si me permite decirlo. Tengo entendido que ha logrado apaciguar el ánimo en esas tierras...-Pott se quedó pensativo unos instantes – Curioso nombre el de su futura consorte. No lo había escuchado nunca. Parece un nombre de las tierras de Roween oriental – dijo con perspicacia -.

- Ciertamente es peculiar – el rey sonrió - ¿Otra copa?

Seguido muy de cerca por Lexort se dirigió a los aposentos de su futura esposa. No había despertado aún. Los herboristas llevaban con ella horas sin resultados. Eso no pronosticaba nada bueno. Quería enterarse de primera mano que era lo que ocurría. A pesar de que deseaba descansar, que la noche ya estaba muy avanzada y que el agotamiento empezaba a hacer acto de presencia.

Estar sentado en el trono durante tantas horas le producía dolor de espalda. Y la audiencia con los dos sacerdotes había sido particularmente larga y extenuante. Sin embargo, había sido fructífera.

Gracias a ese primer encuentro sabía que el sabio Pott iba a ser una espina clavada en su garganta. Más de lo que se había imaginado en principio.

- “*Demasiado perspicaz*” – ese detalle del nombre de Lithaell lo dejó impresionado.

La pregunta no fue inocente; estaba cargada de doble intención. Algo empezaba a perfilarse en la mente del anciano. Lo notaba. Su presencia en la corte sería un constante riesgo para sus planes. Más si cabe, por el puesto que ocupaba en el orden de las cosas. La tarea de legislar se convertiría en una tortura con él en la oposición. Y posiblemente podría llevarse a su terreno a los nobles del consejo.

Por otro lado, el joven sacerdote era callado. Se percató de que su superior le temía, cosa que le desconcertaba. Era como si no le agradara su compañía...

- Lexort, investiga al joven sacerdote... - lo miró mientras andaba – quiero saber si puede ser útil a mis planes.

- ¿A Eithem de Aindhe? – La línea de su boca se hizo más estrecha – es un excelente sanador y herborista...

- Sí, eso ya me lo habías comentado. Pero quiero saber el verdadero motivo de que esté aquí.

- Sí mi señor. Así lo haré – miró a su alrededor. Estaban solos – había sido el Shaidaren más joven de toda la historia de la Orden – intuyó la expresión de extrañeza del rey – lo depusieron de su cargo, antes de que terminara la guerra, por motivos desconocidos. Desde entonces no había salido del templo en el que estaba recluido... hasta ahora.

Estaba completamente seguro de que Lexort le había investigado con anterioridad. Tenía información muy específica para haberla recabado en unas pocas horas en la corte. No era de extrañar, Lexort era de lo más eficiente. No dejaba nada al azar.

Antes de entrar en la cámara de su futura consorte, se detuvo ante la puerta unos segundos. Esperaba que le abrieran la puerta los guardias de la entrada.

- Quiero saber más... hasta el último de los detalles.

- Sí, mi señor

El interior de la alcoba estaba repleto de cirios para iluminar la estancia. Las ventanas estaban cerradas para que no entrara el frío y la chimenea estaba encendida. Algo burbujeaba en la marmita que estaba en el fuego. Hacía bastante calor. Los herboristas revoloteaban alrededor del lecho de Lithaell. La estancia olía a cera, madera quemada y hierbas.

Bernark y Lexort se acercaron a la cama. Mientras los herboristas se inclinaban en una profunda reverencia. Apartó un poco más las cortinas que ocultaban el cuerpo de la mujer. Su aspecto le dejó impresionado. Los huesos de su cara estaban marcados y sus ojos algo hundidos y ojerosos. Si no fuera por el informe de su capitán hubiera dicho que estaba próxima a expirar. Aún así se podía entrever su gran belleza.

- Mi señor... es un milagro que siga respirando – dijo uno de los herboristas

- Quiero que la despierten para mí – esperaba verla conciente para poder hablar con ella -.

- No estoy seguro de que pueda despertar...

- ¡Tonterías! – Miró a todos los presentes con dureza – despertará porque les va la vida en ello, ¿entienden?

Su frustración iba en aumento. Tenía que despertar. Debía tomarla como esposa para esa primavera. No podía esperar más. Le había costado años encontrarla. Y ahora que estaba a punto de alcanzar su sueño parecía que se le resistía. No podía consentirlo; si el destino no iba a él, lo tomaría a la fuerza.

- ¡Qué llamen al sacerdote Eithem de Aindhel! – gritó a los presentes. Esperó sin moverse de donde estaba, mirando a Lithaell.

- ¿Está seguro, mi señor? – Preguntó el capitán – podría filtrarse la noticia

- ¿Me queda otra opción? Si es cierto lo que dices y ese hombre consiguió arrebatársela a la muerte una vez... bien puede hacerlo dos veces – miró a los ojos a su subordinado – no dudaré en utilizar todos los recursos que tengo a mi alcance. Tu deber es contener los posibles daños...

Unos minutos más tarde el joven entró en la habitación. Estaba un poco desorientado, se le notaba en la cara. Seguramente estaría durmiendo cuando lo llamaron los guardias. Revisó la estancia con un solo golpe de vista. Se acercó al rey e hizo una corta reverencia. Acto seguido se quedó mirando fijamente al lecho. En su rostro se podía ver claramente su estupefacción. Luego observó de nuevo al monarca esperando que le indicara el motivo de su llamada.

- Te he mandado llamar para un asunto muy delicado – se detuvo un poco para analizar la expresión de Eithem. Tenía el ceño fruncido – esta persona es muy valiosa para mi. Y como ves se encuentra en un estado muy grave. Mi cuerpo de herboristas no ha conseguido nada...

- Haré lo que pueda, majestad – dijo después de un momento de silencio. Parecía que dudaba -.

- Estoy seguro de ello. Sé que no es tu función pero te estaré muy agradecido. Mis herboristas te ayudarán en lo que necesites – su contestación fue un simple movimiento de cabeza -.

El sacerdote no cesaba de mirar la estancia y a la joven. Como si ambas cosas no pudieran estar unidas en el mismo contexto. Comunicó a Lexort que se iba a retirar. Sin embargo, él era reacio a abandonar la habitación. No confiaba en el muchacho. Tampoco le extrañaba, pues dudaba mucho que pudiera confiar en alguien más que en sí mismo. Pero era necesario.

Una semana después, los preparativos para la boda real continuaban. Ya habían sido enviadas las invitaciones. Las despensas se estaban llenando y se estaba contratando a más servidumbre para la ocasión. El palacio era un hervidero. Las criadas desempolvaban, lámparas, tapices y alfombras, pulían los suelos... Los cocineros elaboraban el menú para los múltiples banquetes que se celebrarían durante casi un mes de festejos. Lo único que faltaba era tener una consorte a la que desposar.